

El tiempo atrapado

Dolores Payás

La curiosidad del hombre por el pasado parece ser tan antigua como ese mismo tiempo que pretende contemplar. Los museos fueron las primeras muestras de este afán inquisitivo, pero su percepción ha ido mudando a lo largo del tiempo. Hoy no nos basta con mirar los logros de nuestros antecesores encerrados en vitrinas. Aspiramos a más. Queremos pasear por los hogares dónde ellos vivieron, beber su atmósfera, palpar la textura de su vida cotidiana. Deseamos que el pasado regrese a nosotros en forma de narración. Siempre nos ha gustado que nos cuenten historias.

Inglaterra es pionera en la presentación del pasado como relato articulado. En su capital existen dos espacios domésticos extraordinarios. Visitarlos supone una experiencia emocionante, alejada de cualquier tópico o convención.

Doscientos años separan a los propietarios de estas casas. Un rasgo común les une, su vehemente pasión por tiempos remotos.

Sir John Soanes (1753-1837) era de procedencia humilde pero tuvo la fortuna de ser patrocinado por un arquitecto londinense. A los veintitres años ganó una beca para viajar. La invirtió en Italia, donde pasó un tiempo feliz que determinaría su futuro. De regreso, recibió el encargo de construir el banco de Inglaterra y pronto se convirtió en uno de los arquitectos emblemáticos del neoclacisismo. También era un coleccionista compulsivo. En Italia había catado, como quien dice, la primera sangre, pero carecía de medios para pagarse una afición tan gravosa. La suerte y su propia habilidad le sonrieron una vez más; se casó con la sobrina de un hombre acaudalado que murió sin descendencia. La herencia se tradujo en una sustanciosa ampliación de horizontes. Compró una casa en el corazón de la ciudad. La derribó de inmediato para a continuación construir otra muy especial. Iba a crear un hogar que acogiera a su familia pero también a una ingente cantidad de antigüedades y obras de arte. Y lo extraordinario es que pretendía fusionar a ambos en el mismo espacio. La colección no quedaría confinada al habitual "gabinete de curiosidades" de los coleccionistas, sino que se integraría en la vida cotidiana de la familia. Admiraba a Piranesi y el resultado final de su labor casi está a la altura de su objeto de culto. La casa es un laberinto de espacios que fluyen en un continuo vaivén de niveles y cavidades, estrechos desfiladeros y empinadas escaleras.

Los bustos de próceres romanos, las estatuas paganas, fragmentos de ruinas, estelas funerarias y mármoles brotan por doquier. De vez en cuando se abre un breve vacío y aparece un toque de luz tintada; proviene de los cristales de colores de pequeñas cúpulas especialmente construidas para arrancar destellos a un pedestal o una corona de laurel. Los armarios llegan hasta el techo y se abren en multitud de hojas superpuestas, como grandes libros de madera. Cada uno encierra su tesoro: obras maestras, grabados y bocetos. Los muebles funcionales, sillas, mesas de comer y sofás resisten estos embates con gallardía. Crónicas de la época ya calificaban al hogar de Soanes como uno de las más excéntricos de la capital. Siempre estaba en obras, envuelto entre cascotes y polvareda. Hubiera sido interesante saber qué opinaba la señora de la casa de estos ajetreos. Pero murió joven, dejando a su consorte con la fortuna heredada y campo libre. La adicción de Soanes era ansiedad privada pero también afán didáctico. Empezó a mostrar la colección. Primero a sus alumnos, luego a unos cuantos elegidos, hasta que por fin se convirtió en un lugar abierto al público. Siguió siendo un hogar. El ama de llaves -Soanes nunca se volvió a casar- atendía a los visitantes y ejercía de guía. Antes de morir, el arquitecto dejó establecido que casa y colección deberían permanecer intactas, y gratuitamente abiertas al público. Y así siguen. *Sir John Soane's Museum* es el relato de un pasado que se conserva estático e inmutable, suspendido en las orillas de la vida, como un insecto capturado en su estuche de ámbar.

La pasión de Dennis Severs (1948-1999) revistió otras formas pero resulta igualmente fascinante. Se sabe poco sobre él, excepto que nació en California y que la manía coleccionista le atacó temprano. Soñaba con traspasar los marcos de una vieja pintura para zambullirse en un mundo de luz suave y cálida. No se trataba de una luz abstracta, a los once años la tenía identificada: era la de los antiguos óleo ingleses. En 1979, ya instalado en Londres, compró una casa de ladrillo abandonada en Folgate street, callecita hoy encajonada entre los altos pináculos de la city. Se instaló de inmediato en su nuevo hogar y comenzó una labor que duraría años. Su idea iba mucho más allá de la restauración, lo que pretendía era devolver al casa a su época original -siglo XVIII- para incrustarse en ella. A la luz de las velas, con camas viejas, la cocina de fuego y los orinales. Buscaba la conexión de su cuerpo con la psicología del entorno. En oposición al clasicismo de Soanes, lo suyo era una exasperación romántica: la total identificación. El resultado es una novela tridimensional hecha de muros, ladrillos, luces tamizadas, fuego, olores y sonidos. Desde las carboneras del sótano, la cálida y penumbrosa cocina, pasando por los salones del primer piso, los dormitorios de la familia y luego las sórdidas buhardillas de techos desconchados, todo, en este hogar, es un relato orgánico. La propuesta era tan radical que creó a unos imaginarios inquilinos: los Jervis, hugonotes y

tejedores de seda. Vivían con él. Comían, hablaban y tenían a sus criados en las buhardillas. Cuando se cruza el umbral de esta casa, uno tiene la impresión de que la familia acaba de salir debido a una imprevista emergencia. La comida está sobre la mesa, una copa se ha hecho añicos en el suelo, y el charco de vino empapa la vieja madera del suelo. Sobre nuestras cabezas cruje el entarimado y se oyen unos susurros enigmáticos; puede que un Jervis haya quedado rezagado en las habitaciones del piso alto. En la cocina, brasas y carbón chisporrotean, y el sangrante roast beef tiene un cuchillo clavado en él. El periódico del día está desplegado sobre una mesita suplementaria. Los viejos lentes no andan lejos y el fuego del salón aguarda el regreso del cabeza de familia. Se ha caído una silla. Las sábanas del dormitorio principal están enredadas y la cama sin hacer, aún se ve el hueco de quien habrá dormido en ella. Una bota ha quedado tirada en un rincón. En unas cuerdas tendidas en lo alto de la escaleras cuelga la ropa recién lavada. Los cuartos de las servidumbre son gélidos y desnudos. Se ha desmoronado un trozo de techo y la paja asoma por las entrañas. Severs murió prematuramente, y vivió siempre rodeado por los Jervis. Mostraba la casa a grupos reducidos y en condiciones muy estrictas. Tenía el genio vivo, y más de un visitante había sido expulsado por hacer un comentario indebido o no respetar la ley del silencio que regía, y sigue rigiendo, la visita a esta *cápsula del tiempo*, como él la definía. Poco antes de fallecer, la cedió a la ciudad. Era consciente que su obra de arte sería efímera. “Nadie”, dijo, “puede preservar de modo sistemático una atmósfera”. Sin embargo, quienes gestionan hoy el lugar, siguen respetando su espíritu. Y el visitante se pasea por los torcidos y crujientes enmaderados en silencio reverencial, con los sentidos agudizados y alerta. Estas Navidades, los Jervis habían hecho galletas de gengibre y su olor llenaba el hogar. Se mezclaba al del vino caliente con canela y clavo, a la fragancia de las ramas de abeto y la cera de las velas. *Dennis Sever's house* es el relato de un tiempo que sigue palpitante y dinámico, un pasado que no apela a la mera contemplación, sino a una participación activa.

En días señalados, ambas casas abren sus puertas por la noche. En invierno, a la luz de los candiles, cuando la temprana oscuridad y el silencio envuelven la ciudad de Dickens, la ilusión es completa.

-Sir John Soane's Museum. 12, Lincolns Inn. London

-Dennis Severs' House. 18, Folgate street. London